

La democracia se construye

Un dirigente político declaraba hace poco que no hay más que una democracia: la democracia plena, la democracia irrestricta. En el contexto en que ella se enunció, la proposición es inobjetable. Si anda aún por ahí rondando un aspirante a remplazar la democracia liberal, bajo la forma de una democracia para menores, provista de una garantía tutelar a cargo de ciudadanos adultos de sólido criterio, hay que apresurarse a proclamar que ese fantasmón sigue siendo tan inaceptable como siempre fue y siempre será. Pero no resulta del todo inoportuno acotar que sobre otro plano sí se discierne en la democracia una naturaleza dual. Hay democracias estables y democracias inestables; regímenes en los cuales ninguna tensión política afecta la solidez de las estructuras constitucionales, y regímenes donde turbulencias de intensidad sólo mediana bastan para voltearlas.

No alcanza, en efecto, con derribar el despotismo para que, sobre el baldío resultante se eleve sin más un edificio democrático de la deseable firmeza. Suponemos que la revolución francesa debe constituir de ello el ejemplo más patente, sobre todo por el énfasis que pusieron los hombres del '89 en llevar hasta el fin la tarea de demolición del antiguo régimen, y por el hecho de que la libertad, nunca más exaltada y celebrada que entonces, fue enseguida arrollada por un torrente de pasiones incontenibles, y habría de poner casi un siglo en reponerse y recuperar vigencia en Francia.

Es bueno afirmar que la democracia es solo una, lo que niega la condición de tal a formas espúreas, pero también es imperioso recordar

que la democracia es dual, que la hay sólida y la hay delicuescente. Y sobre todo es lo segundo oportuno, porque llama nuestra atención a una tarea de construcción en que colectivamente tenemos que embarcarnos si queremos que nuestra democracia pertenezca a la clase de las bien cimentadas.

Es propiamente colectiva, como decíamos, la tarea de levantar el edificio de un régimen democrático estable. En lo que a nosotros nos concierne directamente, sentimos que como representantes de la prensa independiente somos obreros de esa obra, a la que contribuimos una tarea humilde pero irremplazable. Y el ciudadano común es también llamado a poner el hombro en la empresa, lo que cumple cuando pone el esfuerzo debido para procurarse información y tomar posición ante las cuestiones que se debaten en el país en la forma más racional que le resulta posible.

Pero ¿qué duda cabe de que es a los dirigentes políticos a quienes incumbe al respecto la responsabilidad en grado superlativo? De una manera problemática, por un camino plagado de incertidumbres, de todos modos, con toda seguridad, estamos avanzando hacia un nuevo experimento democrático. Con la seguridad con que sabemos que mañana la luz va asomar del lado del levante, nos consta que antes de mucho vamos a participar en comicios, los escaños parlamentarios van a ser ocupados por hombres y mujeres designados por el voto popular, y un ciudadano será promovido a la Presidencia de la República. Tendremos un día gozoso, el día del himno y la bandera, de la banda con los colores patrios

al pecho del triunfador, y de la retórica republicana. Y al día siguiente comenzará una nueva etapa, donde las ilusiones irán mezclándose con la frustración y las ambigüedades de cada día. Y con el tiempo volverán a suscitarse tensiones más y menos fuertes, que pondrán a prueba la estructura del régimen democrático que hayamos comenzado al menos a construir. En gran medida, el resultado —la capacidad o incapacidad de la estructura levantada para resistir el embate— dependerá de cosas que todos los uruguayos hayamos hecho hasta entonces. De manera crucial sobre cosas que estamos haciendo ahora mismo y que hagamos de aquí en adelante; todos, porque se trata, según dijimos, de una gran empresa colectiva; pero sobre todo de lo que estén haciendo y hagan de aquí en más los conductores de la opinión pública, los líderes políticos.

Y ahora, en la actualidad, remontándonos razonablemente en el pasado, ¿qué puede decirse que están haciendo, en procura de aquel objetivo, los líderes políticos uruguayos? ¿Será injusto si decimos que muy poco? Es cierto que se les ve extremadamente ocupados. Es cierto que en este momento se hallan absorbidos por el problema de saber si negociarán o no y cómo; es cierto que la confrontación con el régimen **de facto**, que tiene sobre el tránsito al régimen **de jure** una visión muy particular, resulta apasionante, y que las instancias de esa confrontación se suceden sin interrupciones. Es cierto que cuando las pasiones se encienden, es difícil hacer que la razón se pose sobre los problemas nuestros de cada día. Pero el tiempo corre ineludiblemente

te. Cada día que pasa falta un día menos para la inauguración de un nuevo gobierno, que será democrático, y sobre todo queda un día menos para el día siguiente, aquel que deje atrás himno y bandera, banda presidencial y discursos, y haya que hablar de inflación y de salarios, y de huelgas, y de desempleo, y de balanza de pagos. ¿Cómo llegaremos a ese día? Para el largo trajinar que nos espera, ¿qué vituallas habremos acumulado en nuestras alforjas?

El peligro de que nuestras alforjas estén vacías es muy grande. Hoy por hoy, no tenemos de los partidos políticos una teoría de la crisis de nuestra democracia. Ni en grado de consenso, ni en grado de controversia. Sencillamente, los líderes políticos nunca nos han dicho por qué piensan que en 1973 se produjo el decaimiento de las instituciones democráticas. Sobre el cruel estancamiento de dos décadas que padeció la economía uruguaya, no tenemos tampoco una teoría aceptada, ni dos o más en oposición. No tenemos nada. Y lo mismo sobre la inflación tremenda que el país padeció y padece. Sobre la política económica desde 1973, o tal vez desde 1974, sólo tenemos una teoría simplista, que le atribuye todos los males que el país padece, y ello porque se trata de una política neoliberal. Así, como si hubiera un **software** neoliberal que uno insertara en la computadora gubernamental. Sin distinguir las etapas bien claras y distintas discernibles sin esfuerzo en el oncenio.

Sin reconocer, junto a los graves errores, los aciertos que sin duda hubo; ni admitir las realizaciones —siete años de crecimiento sin precedentes por lo menos en tres dé-

cadass— junto con la catástrofe de 1982, sin duda en buena parte domésticamente generada, y sus secuelas que todavía padecemos.

Lo que es más grave aún, no tenemos ideas operativas sobre los grandes problemas estructurales del sector público y del país; el problema de la educación, el problema de la seguridad social, el problema de la salud, el problema de las empresas estatales, el problema de los métodos administrativos y, para nosotros junto con el primero el más importante, el problema de la justicia. Los programas de los partidos parecen referirse a otro país, en que estos problemas no existieran.

Llegado el día, tras la inauguración democrática, las ilusiones generadas por la restauración comenzarán su confrontación cotidiana —gris, áspera, confusa— con la realidad. No va a ser fácil. El futuro de la democracia, la clase de la democracia —compacta o resquebrajada— a la que la nuestra pertenezca dependerá del flujo de decisiones que entonces comiencen a adoptarse. El peligro, gran peligro, va a ser que el gobierno eche mano al viejo activismo, fundamentado en una visión voluntarista de la economía y que las soluciones de fondo queden relegadas a un futuro difuso. No es que la consecuencia de ello haya de constituir otra vez, inmediatamente, el golpe de estado y el gobierno **de facto**. Hay que pensar que la sociedad uruguaya está vacunada contra ese mal por cierto tiempo. Pero la cuestión concierne la solidez que alcance la estructura democrática para el día de una turbulencia mayor, que hoy no estamos en condiciones de prever.